

Viaje del tiempo

LAS DOS CULTURAS

Darío Valencia Restrepo

www.valenciad.com

Aquella tarde del 7 de mayo de 1959 estaba a punto de iniciarse una de las llamadas Conferencias Rede que la Universidad de Cambridge organiza cada año en una edificación situada en el centro de la ciudad de Londres. Es bien posible que ninguno de los asistentes al acto pensara que esa figura voluminosa que se movía pesadamente en el escenario iba a pronunciar unas palabras que desatarían una de las más intensas controversias intelectuales en la historia de Occidente. Se trataba de C. P. Snow, científico y novelista a la vez, y el título de su exposición era “Las dos culturas y la revolución científica”.

Dijo el conferencista que en las sociedades avanzadas del mundo occidental no podía hablarse de la existencia de una cultura común pues no existía comunicación, a veces inclusive había más bien hostilidad, entre los científicos y los intelectuales de letras, y que esa situación podría impedir el empleo de la tecnología para resolver problemas básicos del mundo. Agregó que esta incomunicación tenía graves consecuencias políticas ya que “nos lleva a interpretar erróneamente el pasado, a juzgar mal el presente y a negar nuestras esperanzas sobre el futuro”. Snow consideró inaceptable que el término intelectual se aplicara solo a los letrados y se desconociese la existencia de una intelectualidad científica, y que los primeros tuvieran tanta influencia en las decisiones sociales en detrimento y desconocimiento de las contribuciones de científicos y técnicos al bienestar de las gentes después de la Revolución Industrial.

Aunque el contenido de la exposición tenía como marco la situación y la tradición en Inglaterra, y aunque el tema central ya había sido esbozado con anterioridad, las articuladas y vehementes tesis de Snow crearon las condiciones para un debate internacional. Para muchos era notorio que existían dos grupos fácilmente identificables, los humanistas y artistas, de una parte, los científicos y técnicos, de la otra, y que el diálogo entre ambos era inexistente. La acuñada expresión “Las dos culturas” inició entonces una carrera que todavía no termina.

La oposición entre ciencia y humanidades es un fenómeno relativamente reciente y tiene su origen cuando aparece una creciente especialización y profesionalización de las ciencias durante el siglo XIX. Si Descartes y Bacon en el siglo XVII toman partido por el conocimiento útil y se oponen a la filosofía especulativa y estéril, es porque también desean que esta disciplina supere la escolástica medieval, se vuelva rigurosa y busque un fundamento común con los nuevos saberes. Para confirmar lo anterior, basta tener en cuenta que unos años después Newton titula su magna obra *Principios matemáticos de la filosofía natural*.

La fuerte y a veces agria polémica sobre la conferencia de Snow, que fuera seguida por una segunda mirada del mismo autor en 1963 para aclarar puntos y responder críticas, ha dejado varias cosas en claro: es lamentable que los humanistas ignoren el desarrollo científico y técnico, pero igual lo es que estos últimos estén de espaldas a la historia, la literatura y la filosofía; las dos culturas de que se habla constituyen formas

complementarias de conocimiento y de crítica; la rígida separación entre las diversas disciplinas y profesiones que por lo general está presente en el proceso educativo constituye un empobrecimiento intelectual, es fuente de incomprensiones, no propicia el diálogo e impide la visión integradora que es necesaria para la solución de los graves problemas de nuestro tiempo; y la complejidad de la especie exige una cultura o un cultivo común que estimule “el desarrollo armonioso de aquellas cualidades y facultades que caracterizan nuestra humanidad” como bellamente lo dijera Samuel T. Coleridge.

Después de 49 años de la conferencia de Snow, ciertas tendencias permiten afirmar que hoy existe mayor conciencia del problema de las dos culturas y que en algunos casos puede estar cerrándose la brecha entre las mismas, aunque a ello se opongan diversos intereses políticos, económicos y académicos. Aquellas tendencias incluyen la interacción creciente entre disciplinas y profesiones sobre todo cuando se emprenden grandes proyectos, el uso en algunas ciencias humanas de métodos y modelos antes reservados a las ciencias naturales, y la aparición de carreras académicas híbridas que toman elementos de ambas culturas.

No se ha destacado lo suficiente un aspecto central de la exposición de Snow que pone de manifiesto su nobleza de espíritu. Es constante en su escrito la preocupación por otra brecha importante, aquella que separa a los pobres de los ricos del mundo, y emplaza a las naciones poderosas para que acaben con el innecesario sufrimiento de en ese entonces un millardo de personas. Considera él que es indispensable diseminar la revolución científica por todo el planeta, ya que la ciencia aplicada ha hecho posible producir suficiente alimento para aliviar al hambre, prevenir la mortalidad infantil, proporcionar un mínimo de abrigo... Si el autor viviera, se asombraría del poco eco que han tenido sus palabras a este respecto, de cómo viene creciendo la mencionada brecha y de los usos dañinos y superfluos de la tecnología en nuestro tiempo. Podría entonces concluirse que los análisis de Snow en su famosa conferencia no tuvieron muy en cuenta la cuestión del poder, la política en una palabra.

Periódico El Mundo
Medellín, Colombia, 10 de mayo de 2008